

XIII.

EL DOMINÓ ROSA.

Cuando Octavio y Genoveva llegaron á París, se hablaba como una de las mas hermosas fiestas del invierno, de un baile de máscaras que debia dar la princesa...

La princesa habia ido ella misma á rogar á la duquesa de Parisis que fuese al baile, que era por decirlo así, el acontecimiento de la semana. Aunque Genoveva hubiese jurado vivir en el hermoso palacio que Parisis tenia, y donde ella tanto habia vivido idealmente, prometió á la princesa ir á su baile.

—Fuera de esto, dijo, el duque de Parisis irá aunque yo no vaya.

—No quiero á él, sino á vos.

—Pues bien, iremos juntos.

—Nobleza obliga, mi querida duquesa: pertenecéis á vuestro esposo, mas tambien pertenecéis al gran mundo.

Estaba Genoveva resuelta á ir á aquel baile? Es cierto que se hizo construir un traje que parecia una nube color de cielo; pero cuando se vestia suplicó á

Octavio que fuera solo al baile; le dijo que presentia algo triste, y que era demasiado feliz, para arriesgar su dicha. Octavio insistió, pero la jóven suplicó tanto que quedó vencido.

—Pues bien, no iré, dijo Octavio: pasaremos dulce y amorosamente la noche en la chimenea.

—Amigo mio, le dijo Genoveva, iréis al baile. No hay que desairar á la princesa; me perdonará el que yo no haya ido á su fiesta, si en cambio vais vos á ella.

—Pues bien, dijo Parisis, iré; mas luego que la haya hablado, volveré aquí. Son las once; á las doce tomaré el té en vuestra compañía.

—Te conozco máscara. Una vez en el baile, te verás asaltado por todas las mujeres; así, pues, no quiero aguardarte. Me encontrarás acostada; si tu me amas despues de ver tantas bellezas armas al hombre, me despertarás con un beso.

Octavio se vistió; se disfrazó con frac, calzones cortos, zapatos rojos y manto veneciano.

Al verle salir, la duquesa no pudo contener este grito:

—Que hermoso estás!

El jóven se volvió hácia su esposa, la contempló estasiado y exclamó á su vez:

—Que hermosa eres!

La duquesa no se habia engañado; no bien se vió en el torbellino del baile, Octavio fué asaltado. Halló de repente mas de veinte mujeres á las cuales habia

querido mas ó menos; amores de una estacion; amores de una semana, amores de un dia, amores de una hora, pasiones comenzadas y pasiones concluidas; rebeldes y vencidas; las que habian dado su corazon, las que habian dado su cuerpo; almas todas estraviadas por don Juan de Parisis.

El jóven se divirtió en aquel juego. Al principio se vió algun tanto turbado, ya fuese que la imágen de Genoveva se le apareciese, ya fuese que hubiese perdido la costumbre de entablar aquellas rápidas batallas donde es necesario ir armado hasta los dientes con frases chispeantes; pero á los cinco minutos volvió á recobrar su talento aventurero.

Entonces fué cuando se vió embestido por un dominó color de rosa, del cual no se descubria mas que una opulenta cabellera negra.

—Ah! eres tú, le dijo la máscara; cuanto tiempo hace que no te he visto. Te llorábamos todas. Quién será el alma de nuestras fiestas? Quién será el espíritu de nuestros corazones? Porque ya sabes que el corazon no es nada sin el talento. Es una primavera sin rosas.

—Cuan poética estás! Quizá no eres hermosa?

—Lo que me dices fuera muy impertinente dicho á tu mujer porque es hermosa y poética.

—Sí, pero hasta hoy solo he encontrado á mi mujer que fuese poética y hermosa. Ya ves que tengo el valor de mis opiniones.

Hablando así, segun su antigua costumbre Octa-

vio intentaba levantar la máscara del dominó y se acercaba hácia él todo lo posible á fin de reconocerla por el olor de su garganta ó los perfumes de su cabellera.

—Polvos á la mariscala y vago olor de flor de azahar? Es la duquesa de Campagnac.

Hé aquí lo que se dijo Octavio; mas luego vió que se habia engañado. La duquesa de Campagnac tenia mejor continente; creyó, pues, reconocer una jóven mal casada con la cual coqueteaba hacia tiempo.

—Pero no, murmuró; ya me hubiese dicho su nombre. Me parece que no vale la pena; se me figura que vivirá en algun palacio Rambaillet.

Pensó que quizá era aquella hermosa condesa que le habia citado en Cours-la-Reine. Pero la condesa era rúbia como Genoveva.

En vano buscó en su memoria; no recordó haber acariciado con sus amorosas manos y con sus ardientes lábios aquellos lujuriosos cabellos negros que se escapaban de aquel capuchon en ondas de ébano.

—No: Solo Violeta ha tenido tan hermosa cabellera.

Octavio pensó al fin y al cabo, que en un baile de máscaras es necesario aceptar las mujeres aunque no se conozcan. En un baile es donde sobre todo la mujer es mujer, pues gracias á la máscara que oculta su rostro, su corazon se muestra mas fácilmente. Cogió dulcemente el brazo del dominó rosa para llevarlo á los salones menos frecuentados.

—Oh! Dios mio! dijo la máscara: me olvidaba que yo me olvido y que vos os olvidais. No sois casado y no soy yo tambien casada?

—En los bailes de máscara nunca se es casado. Todo el mundo reconquista por una hora su libertad primitiva; se adquiere el derecho de decirlo todo sin rasgar por eso el contrato esponsalicio.

—Vaya una moral que no tiene pase! Al oir tales frases me indigno.

—Observad que me he convertido en el hombre de mundo mas formal; cuanto mas grave es la comedia de la vida, mas alegres deben ser los entreactos.

—Pero en el amor verdadero los entreactos no existen.

—Entendámonos. Las mujeres son absolutas en lo que se refiere á los principios del corazon; pero si tuviesen mas talento, guardarian siempre su amor y su dicha. Os desafio que me citeis un marido fiel que sea querido por su mujer. Las mujeres solo quieren aquello que se les escapa; meted un ruiseñor en una jaula y no cantará: es la imágen del amor fiel.

—Y si abris la jaula el ruiseñor irá á cantar á otra parte.

—Es posible que haga una excursion de una hora; mas luego volverá á su árbol querido.

Parisis soltó una carcajada y añadió:

—En verdad que por ser esta noche de carnaval nos hemos puesto furiosamente bucólicos.

Se me ha dicho que os habiais convertido en hombre rústico.

—Es cierto, yo que no podia dejar Paris sin llevar á Paris conmigo, vivo allí en mis tierras como un labriego. Volveré allí á la primavera llevándome vuestro recuerdo como una de esas imágenes que iluminan lo pasado.

—Mi imágen! No la habeis visto ni la vereis tampoco.

El duque de Parisis miró con fijeza al dominó que cerró sus ojos de una manera rápida, ya fuese que aquella mirada le quemase, ya fuese que temiera el ser conocido por sus ojos.

—Cuando no se os vé se os ama; cuando se os ama dónde se os vé?

La dama estuvo algun tiempo sin contestar á esta pregunta de Octavio.

—Cuando se me ama, no se me vé. dijo al fin.

—Pues bien, dijo Parisis con un acento algo brusco; por qué os entreteneis conmigo?

—Teneis razon; os hago perder el tiempo, pues supongo que no habeis venido aquí por la reina de Prusia. En hora buena: ya nos veremos; quizá no habeis perdido del todo vuestro tiempo.

—Ante todo dime un secreto que hasta ahora te has guardado: eres hermosa?

—Qué pregunta! no soy tan hermosa como bella.

El dominó irguió su cabeza y dijo esto con cierto

orgullo de raza que indicaba que lo que habia dicho era cierto.

Octavio quiso continuar la plática; mas el dominó rosa le escapó bajo el pretesto de su marido que iba á impacientarse.

—Ya te escribiré, dijo á Octavio.

Este no era aficionado á las novelas en cartas; pero aceptó la promesa con esta maquiavélica respuesta:—Te desafío á que lo hagas!

Vió que eran las doce; se habia divertido un rato; su corazon le recordó Genoveva.

Cruzó los salones para mandar llamar á sus criados; pero fué detenido por Villeroy, el príncipe Azul, Saint-Aymour, Montbrun y algunos otros que criticaban á los convidados formales que habian elegido disfraces de carácter y que, por decirlo así, estaban casi ridículos.

Aquel baile donde habia muchos disfraces y pocas máscaras estaba hermosísimo. Era la primera vez que se daba una fiesta en el palacio. No se podian abrir aquellos salones resplandecientes de oro y adornados con hermosas pinturas con un baile de frac negro; era indispensable que fuesen á bailar allí todos los siglos, y que se pasase el tiempo con los trages que caracterizan las épocas y las naciones.

La edad de hierro, que es siempre la de plata, estaba perfectamente vestida ya fuese en la española señora princesa de M., ya fuese en la alemana señora princesa de T....; pues hay que notar que en los bai-

les de trages, las españolas se convierien en alemanas y las alemanas en españolas.

Las inglesas que son muy amigas de viajar, visten los trages de todos los paises; mas no hay caretas que priven de reconocer que ellas son siempre inglesas. Las francesas se hacen con suma facilidad marquesas de la Regencia, tias del mercado bajo la monarquia de Luis XV, ó duquesas bajo la monarquia de Luis XVI.

Se embadurnan con polvos á la mariscala, creyendo así arrojar polvos en los ojos de aquellos que las miran. Algunas mas busconas parodian la Tallien ó la Recamier; pero no se atreven á adornar sus desnudos piés con anillos de modelo antiguo ni vestir con camafeos sus hombros.

Se celebró mucho una jóven que se presentó vestida de semicorchea: la señora Terpsícore no bajaba precisamente del Olimpo sino que para vestirse habia cruzado por el Parnaso de la Ópera. Su jubon estaba hecho con papel de música y los aires de Verdi, de Meyerbeer, de Gounod, de Aubert y de Offenbach, corrian alegremente en su cuerpo. Creo que hasta en su jubon se leía la música del porvenir.

Un hombre de talento se disfrazó de maleza: hizo una brillante entrada en el baile. Se encontró la idea hermosísima; pero á los cinco minutos aquella hermosa maleza se veia harto comprometida pues todo el mundo la evitaba. «Vé con tiento, Maleza, que me arrancas mis blondas; tus espinas me destrozan la mano.»

Y la Maleza giraba sobre sí misma, obligada á pronunciar tantas frases como espinas traía. No se quería bailar con él y para hablarle se establecía cierta distancia. «Oh! Dios mío! exclamaba: acaso soy una zarza ardiendo?»

He conocido á otros, mucho mas desgraciados. Aquellos, por ejemplo, que toda la semana piensan en sorprender el universo con un hermoso traje á lo Enrique III, ó á lo Lauzun, y que se asombran de su metamórfosis cuando se ven en los espejos.

Los dominós se reían bajo su máscara y hasta sin ella: los dominós se divierten mucho: son, por decirlo así, los espectadores de la fiesta: no representan los primeros papeles; mas esto no les impide el gozar de las sorpresas y de los azares de lo imprevisto.

Porque en aquella fiesta, donde todo se hallaba de fiesta, los músicos habian conservado el antipático traje negro, que siempre será fúnebre, aun en medio de los violines? Debieron ocultarse en una decoración de follage como en las fiestas del Regente ó debían llevar el risueño traje de las fiestas de Watteau. Pero los músicos responderán que no eran de la fiesta, ó mejor dicho que no asistían á la fiesta. Es necesario oírlos y no mirarlos.

Si sentís curiosidad por conocer los disfraces del escuadron volante de aquellas hermosas máscaras que movían tan alegre ruido en el palacio ... os diré que la Princesa T..., vestía de mariposa; la princesa M., de estrella de oro; la duquesa C., de espiga-

dora; la marquesa M., de marquesa en tiempo de Luis XV; la señorita L., de fuego; la condesa de H., de paloma. Quien iba de Velleda? Quien de Juana de Arco? La princesa C., se habia querido disfrazar por segunda vez de polaca, bien como la mas hermosa y rubia de las italianas se habia disfrazado por segunda vez de francesa. Las señoritas de H., iban de cantineras del tiempo de Luis XV. Había muchas flores. La señorita de M., iba de clavel; la señorita de S., de amapola; la señorita de H., de ramillettera y la señorita B., de vergissmeinicht.

Entre las patinadoras se observaban algunas damas disfrazadas de nieve; nadie se atrevía á patinar con ellas temiendo que se fundirían en los brazos.

—Todas estas máscaras, dijo Octavio, me recuerdan la historia de las jóvenes aldeanas de Salency. Estas chicas fueron á un castillo vecino para suplicar á la condesa de Bethencourt, que les prestara velos blancos. «Que hareis de ellos, amigas mías?—Señora condesa, mañana es el Corpus, y el señor cura nos ha dicho que tendría un placer en vernos disfrazadas de vírgenes.»

—Ves esta inglesa de *Kaepsake*?

Parisis miró la lady.

—Vuelve la página. Dios de Dios, que nube de encages! Esto no es mujer, sino punto de Inglaterra. Deja que me oculte debajo de tu manga.

—Esta marquesa á lo Luis XV, es hermosa desde

la cabeza á la cintura; mas, oculta su nariz y harto le conviene.

—Es estrangera.

—Francesa, hombre: lo conozco en sus aficiones.

—Francesa por el busto; pero cosmopolita desde la cintura á los piés.

—La que pasa allí disfrazada de Estrella es una mujer honrada.

—En qué lo conoces?

—Querido mio: siendo la mujer honrada una variedad de la especie humana, es tan fácil distinguirla como se distingue una blanca de una negra.

—Queda tranquilo, pues segun dice La Rochefoucauld, hay pocas mujeres honradas que no se cansen de su oficio: en el año que viene esa estrella habrá caido del cielo.

—Decís esto por vos: bien se vé que no conocéis las estrellas errantes.

—Vivir la sigue y de vez en cuando tropieza con ella.

—No veis como la señora Sainte-Maxence olvida sus pecados?

—Diablo! No ha dicho La Fontaine que los condenados terminan por hallarse en el infierno como el pez en el agua?

—Es Mr. Rabelais el que baila con ella?

—Sí, está alegre como un fuego de artificio... apagado.

—Y ese imbécil de Marignac que se ha disfra-

zado de cardenal Richelieu? Qué frente tan sublime!

—Cada paso que dá es un milagro de elocuencia: se diria que danza el «que muriera» de Pedro Corneille.

—Ah! hé aquí á Girardin; cuando uno piensa que nos hace bailar sobre un volcan! En verdad, todo Paris se encuentra aquí.

—Todo Paris! Y los que no se hallan invitados se encuentran en Pontoise?

—Ved que galante está con la duquesa el ministro. Vá á seducirla, porque las mujeres quieren á los que las aman y á los que no las aman.

—Os gusta la mujer de cuarenta años? Pues aquí teneis una que lleva con gran valor su edad. Cabanel la ha prometido hacer su retrato en diez años.

—Sí, el retrato será hermoso: pero entre tanto se consuela pintándose á sí misma.

—Señores, saludadle! Hé aquí el últimamente elegido por la Academia francesa. Por qué no se ha disfrazado de académico. Qué diablo vendrá á hacer?

—Es cierto: aquí no puede comprar la gramática.

—Hijos míos, teneis mucha chispa, dijo Parisis con acento burlesco: no estoy en vena y me marchó.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XIV.

LA HERMOSA HELENA.

Eran las doce y media cuando Parisis despertó á su mujer dándole un beso.

—Ya estás aquí? exclamó Genoveva; queria aguardarte leyendo; pero me he dormido tontamente. Dime algo del baile de la princesa.

—Siempre lo mismo: el mismo talento y las mismas frases. Los hombres ponen cara de risa como las mujeres ponen en la suya polvos de arroz. Todo es triste en estas fiestas. Nada hay tan alegre como tu bella sonrisa.

Y Parisis volvió á besar á Genoveva.

—Está bien, dijo esta; pero lo que dices no son mas que frases vagas. Cuéntame tus aventuras palabra por palabra.

—Mis aventuras! Ya sabes que he abdicado. Algunas mujeres me han mirado de cerca para ver el rostro de un hombre feliz; pero debo confesarte que un dominó color de rosa me ha dado un bromazo. A Dios gracias, estoy ya curado de tales pasatiempos.

—Es decir que tu dicha no te enoja?

No sé si Don Juan de Parisis contestó á esta pregunta con otro beso; no me lo ha dicho; pero me consta que la duquesa le halló distraído hasta cuando la besaba.

Al siguiente dia recibió un billetito donde se veian patas de mosca que revelaban un talento geroglífico:

«Os atrapé; yo soy quien viene á llamar á vuestra puerta. No abrais. Cuando desperté esta mañana me miré en un espejito. Habian pasado ya doce horas que no habia visto mi rostro. Queria saber si era bastante hermosa para ser atrevida. Y me atrevo. Qué desgracia que las mujeres no puedan pasearse en el Bosque ó en cualquier otra parte con un dominó color de rosa!

»Estoy furiosa contra mí y contra vos. Por qué vinisteis al baile? Por qué fuí á él? Yo, la hermosa Helena, vivia pacíficamente al lado de un Menelao que es aun mas pacífico. Y hé ahí que de pronto el bello Paris—me equivoco—el bello Parisis se me aparece. Siempre es el sitio de Tres.

»Si quereis escribirme, mi querido duque, dirigid vuestras cartas á la calle de Juan Jacobo Rousseau, que como sabeis fué literato. Leed antes la Nueva Eloisa. Poned en el sobre las iniciales A. B. C. Mi doncella tiene allí un hermano que me traerá vuestra carta, ardiente ó glacial, segun el termómetro de vuestro corazon.

»EL DOMINÓ ROSA.»

Parisis dió cien vueltas al billete; lo respiró, lo descifró, lo estudió; mas le fué imposible descubrir su intencion verdadera bajo aquella máscara de frases.

—Es una mujer de talento que juega con el talento, dijo; una curiosa que quiere aventurarse y que no pasará adelante; casi casi no respondo.

Ya se sabe que Octavio no era muy amigo de coger la pluma; pertenecía á la escuela del Regente, el cual decia que todo lo que se ha escrito, se podia resumir en un cuaderno de treinta y dos páginas.

Esto, sin embargo, Octavio respondió con estas frases:

«Mi hermoso Dominó Rosa:

»No soy un literato como vuestro Juan Jacobo Rousseau; su Saint Preux y su Julia me dan lástima: no usan la verdadera elocuencia del amor. Si quereis que vos y yo seamos elocuentes, venid á mí, ó hacedme una seña para que yo vaya hácia vos. La calle de Juan Jacobo Rousseau no me gusta.

»PARISIS.»

El dominó rosa pisoteó la carta furioso. Pero sin duda hubo de calmarse toda vez que Parisis halló al siguiente dia otras patas de mosca:

«Me divertís con vuestras pretensiones donjuanescas; siempre os imagináis que habláis con cómi-

cos. Mucho os estrañaria si os dijera quien soy. Afortunadamente no lo sabreis jamás, aunque, como en la última noche, nos encontremos en palacio. Ah! tentador! con una sola de vuestras miradas me habeis llevado á las montañas del séptimo cielo; así os dejo para hacer penitencia. Mañana iré á sermon. Será el padre Jacinto mas elocuente que vos?

»EL DOMINÓ ROSA.»

A lo que contestó Octavio:

«Buen provecho os haga. Pero quereis saber mi opinion? El padre Jacinto en vez de tranquilizar los corazones, los exalta. Quisiera encontraros en la puerta de Nuestra Señora: estoy cierto de que yo acabaria de convertirlos.

»PARISIS.»

El Dominó pisoteó otra vez aquella carta, lo cual no le impidió que volviera á escribir al dia siguiente.

Os hago gracia, señora, de las patas de mosca del dominó y de las impertinencias de Octavio.

La dama supo despertar con tal destreza la curiosidad de Don Juan, que por espacio de seis semanas, —quien lo creeria?—ella le escribió todas las mañanas, recibiendo contestacion todas las tardes.

El dominó le contaba que le veia en el Bosque, en los Italianos y en los bailes. Le hablaba de las agitaciones de su corazon, y subrayaba con frecuencia estas palabras: «tengo miedo de amaros.»

El jóven se divertia en esta novela sin darla grande importancia. Segun decia una aldeana de Parisis, esto equivalia á poner un grano de sal á su vida parisense. La miel de Genoveva quizá hubiese concluido por parecerle demasiado dulce.

Solo despues de seis semanas de constante correspondencia, logró alcanzar del dominó una cita. Este le escribió:

«Y bien, tanto peor! Me arriesgo. Mañana vienes ireis á las doce á la Gran Fonda; preguntareis por la señora Roche-Dieux; este es mi nombre de viaje. Se os conducirá á mi cuarto; si no estoy en él me aguardaréis; si no voy, Menelao me habrá encerrado en el caballo de Troya. Pero si es así yo tomaré mi revancha!

»HELENA.»

Mas al siguiente dia, á las doce, la duquesa de Parisis rogó á su esposo que la acompañara á Santa Genoveva.

—A Santa Genoveva! pero esto es al fin del mundo: no voy á una peregrinacion semejaute.

Y añadió entredientes:

—La dama aguardará á esta hora.

Y prosiguió en voz alta:

—Mi querida esposa, vamos á Santa Genoveva: pero ya sabeis que no soy muy devoto: mientras vos receis yo fumaré un cigarro.

—Como gusteis.

A las doce, el duque y la duquesa llegaban al Panteon. La duquesa entró en él sola, diciendo:

—Me aguardareis?

—Si, andaré por estos contornos.

Mas, no bien la duquesa hubo entrado, cuando Parisis cogió un coche de plaza, y se hizo llevar á la Gran Fonda.

Cuando la duquesa salia del templo, no estaba aun de vuelta.

Por la tarde, cuando se vieron, él fué quien quiso reprochar á su esposa.

—No me habeis aguardado?

—Era necesario aguardaros? respondió Genoveva con su natural orgullo, aunque endulzado por una encantadora sonrisa.

XV.

LOS TRES FILÓSOFOS.

Ahora bien: que habia ocurrido en la Gran Fonda?

Parisis habia preguntado por la señora de Roche-Dieu. Se le habia conducido al segundo piso á uno de esos cuartos ordinarios que han pertenecido á todo el mundo y que no toman el sello de nadie. Se componia de un salon, de un dormitorio y de un gabinete de tocador. Todo era allí irreprochable; pero se observaba ese horrible lujo cosmopolita, donde no se quieren detener los ojos delicados.

—Que diablo puede hacer aquí ella? se preguntó Parisis.

Y como la dama no parecia, añadió:

—Y sin embargo no viene.

Habia en aquel cuarto, mas de un objeto que acusaba la existencia real de una mujer.

El jóven observó un hermoso jarron de Sajonia, que encerraba el mas adorable y el mas oloroso ramillete de lilas blanco, que adornó una estancia.

Se acercó y respiró el fresco olor de aquellas primeras nieves de la primavera.

—Enhorabuena, dijo, ahora conozco al dominó rosa.

Pero en aquel mismo instante, vió algunos libros en la mesita del salon.

—He aquí su gabinete de lectura, dijo.

Leyó el título de los libros.

Pertenecian á Montaigne, Pascal y Montesquieu.

—Gran Dios! exclamó; si será una Marisabidilla?

Pero observó con placer, que el libro abierto eran las *Cartas persas*. La dama leia la carta veinte y cuatro:

«Cuan feliz sois, Rojana, viviendo en la dulce Persia, y no en estos climas envenenados, donde no se conoce el pudor ni la virtud! Cuan feliz sois! Vivís en un serrallo como en la mansión de la inocencia; inaccesible á las tentaciones de los hombres, vivís alegremente en la feliz impotencia de faltaros; jamás hombre alguno os manchó con sus lascivas miradas; nadie vió en la libertad de los festines, vuestra pequeña y hermosa boca; jamás os ha faltado el sagrado velo para encubrirla á todo el mundo. Dichosa Rojana! Cuando habeis ido al campo, nunca os han faltado eunucos que han ido delante de vos, para matar los temerarios que no han evitado vuestras miradas; yo mismo á quien el cielo os ha dado para constituir

mi dicha, cuanto no he padecido á fin de adquirir un tesoro que con tanto pudor me rehusabais! Cogisteis un puñal y amenazasteis con inmolarme á un esposo que os amaba, si continuaba exigiéndoos lo que vos queríais mas que vuestro esposo mismo! Dos meses transcurrieron en este combate del amor y la virtud; no os rendísteis sino despues de estar vencida; defendísteis hasta el último extremo. vuestra virginidad moribunda; me mirásteis como un enemigo que comete en vos un ultraje y no como un amante que os idolatraba.

»Si os hubieseis educado en este país no os hubierais sentido tan turbada; las mujeres se presentan ante los hombres con el rostro descubierto bien como si pidieran ser vencidas.

»Sí, Rojana: si estuviésteis aquí os sentiríais en la vergonzosa ignominia á que ha descendido vuestro sexo; huiríais de abominables lugares y suspiraríais por ese dulce retiro donde hallais la inocencia, donde estais segura de vos misma, donde no os hace temblar ningun peligro, donde, en fin, podeis amarme sin que temais nunca perder mi amor.

»Cuando realzais el brillo de vuestra tez con los mas hermosos colores, cuando perfumais vuestro cuerpo con las mas preciosas esencias, cuando os adornais con vuestros mas bellos trages, cuando queréis distinguiros de vuestras compañeras por las gracias de la danza y por la dulzura de vuestro canto; cuando luchais graciosamente con ellas ostentando

vuestros hechizos, vuestra dulzura, vuestra alegría, no pensais mas que en mí.

»Mas qué he de pensar sobre las mujeres de Europa? El arte de componer su tez, los adornos con que realzan su belleza, son otras tantas manchas á su virtud, otros tantos ultrages á su esposo.»

Pero la verdad es que el duque de Parisis no habia ido á la Gran Fonda para leer á Montesquieu.

Fuese cual fuese la malicia de las *Cartas persas* cerró el libro con impaciencia resuelto á no esperar mas tiempo. Al volver al dormitorio vió sobre la cama doce abanicos. Aquello era otro enigma. Qué querian significar los abanicos?

Octavio creyó que con todo aquello habia ya bastante: cogió una pluma y escribió estas sencillas frases:

«Agradezco el que me hayais presentado á los señores Montaigne, Pascal y Montesquieu.

PARISIS.

Octavio cogió su sombrero y se fué, saludando á Montaigne, Pascal y Montesquieu.

En aquella noche misma el duque de Parisis recibió este billetito.

«No, mi querido duque: no he tenido el valor de ir hasta vos con el rostro descubierto. Subí en el coche; pero cuando mi cochero estaba cerca de la Gran Fonda, le dije que retrocediera.

»Recuerdo aquel hombre de talento que se negaba á darse azotes, diciendo: «No tengo el valor de mi opinion.» Yo soy como aquel hombre.

»Y sin embargo —lo creereis fácilmente— una hora despues fui á la Gran Fonda; no he dicho una palabra; mas antes de leer vuestra chistosa ocurrencia conocí que habíais hecho la visita. Observé que habíais cogido un ramito de lilas; observé que os habian llamado la atencion mis abanicos; observé que habíais liado un cigarrillo; pero que os habia faltado lumbre para encenderlo.

»Lo que hay en esto de mas sensible es que os amo, en tanto que vos no me amais; lo que mas siento es que no leereis mis cartas y que yo no sé lo que me digo.

»HELENA.»

Parisis escribió lo siguiente resuelto á escribir por vez postrera:

«Harto sabeis lo que os decís, demonio que os ocultais bajo el rostro de una mujer. Ahora conozco vuestro verdadero nombre: os llamais Celimena. Celimena solo tenia un abanico: vos teneis doce: Celimena solo cantaba una cancion: vos las cantais todas.

»Adios, pues, ya que nunca debemos vernos.

»No os parece que debiéramos despedirnos de un modo no tan ideal?

»Por ejemplo: coged torpemente un coche é id á

situaros á la esquina de la avenida de los Campos Eliseos y de la calle de Morny; os esperaré allí esta noche á las once: fumaré un cigarro á vuestro lado. No faltará lumbre.

»PARISIS.»

Despues de comer recibí esta respuesta:

«Os quedareis sorprendido; mas yo no procedo sino por sorpresas cosidas con hilo blanco. Sí, iré en el coche; pero hoy no. Hay gente que se lanza de cabeza en el abismo de sus locuras. Yo quiero reflexionar algun tiempo toda vez que este es mi primer tropiezo.

»Hè aquí porque os pido ocho dias; despues os aguardaré en el coche; os aguardaré en él el sábado á las once.

»Yo os prometo que no vestiré mi dominó rosa; pero tampoco os prometo ir allí sin velo. Sois demasiado galante para que lo arranqueis en nuestra primera entrevista.

»HELENA.»

—Que el diablo la lleve! dijo Parisis. Cuando pienso que van ya dos meses que esta coqueta me divierte! Cierito que no me reconozco á mi mismo. Lo que es el matrimonio! Ya he pasado bajo el nivel ordinario: no soy mas que un marido.

»No quiso pensar mas en el dominó rosa; pero le sucedia como á esos lectores —quizá los míos— que

leen una novela mala y que, sin embargo, quieren llegar hasta el fin.

Le faltaba sin embargo el escribir estas frases:

«Pues bien: el sábado en un coche. No vayais á alquilar el número 13.

»PARISIS.»

Llegado que hubo el sábado, cogió la avenida de la emperatriz y bajó hasta los Campos Elíseos algunos minutos antes de las once. Apenas había encendido un cigarro, cuando un simon —usando el mas puro lenguaje del barrio de San German— se detuvo en la esquina de la calle de Morny, á la izquierda de la avenida de los Campos Elíseos.

El jóven se dirigió recto á la portezuela y vió á una mujer.

—Por fin! murmuró.

Pero aquella mujer no era mas que una camarera.

—Caballero, le dijo esta con emocion: la señora os aguarda en la Gran Fonda.

—Qué ocurrencia! era tan sencillo aguardarme aquí!

—La señora tendrá sin duda miedo de que los caballos se desboquen.

—Parece que en esta casa todo el mundo tiene chispa. Vamos, señorita: vale la pena de preguntaros el nombre de la señora?...

—No puede ser, caballero. Para mí, la señora se llama la señora.

La camarera dejó el simon y cruzó con rapidez la avenida sin contestar á Parisis.

—Y bien! exclamó el jóven: quiere que pague el simon!

Y subió en él prometiendo un luis al cochero si andaba á escape.

XVI.

LA MUJER SIN CARETA.

Esta vez la dama estaba allí. Pero había revestido el famoso dominó rosa.

—Oh! lo que es ahora dijo Parisis, cogiendo su mano y tratando de ir al bulto, lo que es ahora no es un bromazo. No he venido con calzones cortos y manto veneciano.

—No os impacientéis, dijo la dama en voz conmovida; quizá dejaré caer mi careta; pero conoceis demasiado á las mujeres para no comprenderme. Sentaos aquí, en frente mio; decidme estas cosas dulces que decis tan bien: decidme que tengo razon en mi locura.

—Sí, puesto que os amo, dijo Parisis intentando estrechar la dama á su corazón.

Esta se escapó de sus manos como si fuese un pájaro y con un movimiento de dignidad le probó que andaba harto impaciente.

Se sentó en frente suyo, como ella le había indicado, mientras que el dominó seguía ocupando el sofá.

Octavio observó que los tres filósofos, continuaban aun sobre la mesa.

—Estais acaso en conversacion criminal con estos señores? preguntó Parisis á la dama.

—Sí, me gustan los hombres que hacen pensar.

—Pensar en qué? dijo Octavio con cierto acento burlon.

—Pensar en que el amor no vale lo que cuesta.

—El amor no cuesta nada, puesto que se da siempre.

—Vaya una paradoja! Decid mas bien que el amor se vende siempre. En el cuarto bajo se vende á cien sueldos; un poco mas alto á veinte francos, despues á cinco luises, despues á quinientos francos, despues á diez mil y despues á cien mil. Pero esto no vale la pena. Hablo del amor que se vende por una vida de arrepentimiento por un infierno de celos, por una parte del paraíso. Que el amor se dá! Santo cielo! Leed los contratos de esponsales. El amor es un abogado de Normandia: hé aquí porque es el país de las manzanas de Eva.

La conversacion fué á no dudarle hermosa; mas no quiero reproducirla para no fastidiarme ni fastidiar á mis lectores. Transcurrió una hora probándose uno y otro que eran muy sensibles, despues de lo cual, Parisis que había creído dar pruebas de su amor en tal sentimental prefacio, quiso tentar la aventura.

No dudaba de que había ya llegado el instante de

quitar la máscara y de tomar la revancha de todas aquellas coqueterías irritantes.

Pero se llamó á la puerta.

—Oh! Dios mio! exclamó el dominó, si fuera...

—Quién?

—Si nos hubiera seguido!...

—Muy sencillo: no abramos.

La dama pareció que reflexionaba.

—Aguardad: lo habia olvidado. Es mi doncella: la dije que viniese á las doce.

—No abrais, pues os juro que yo soy muy apropiado para desataros las botinas.

—Para qué?

Octavio, pudo entonces ver el pié de la dama: era un pié de duquesa.

—Es necesario que yo hable á esa jóven: volveré enseguida.

Y se levantó con aire resuelto.

Parisis hojeó Montaigne, sin que intentara oposicion alguna.

Cuando la puerta del salon volvió á abrirse, y por mas que nada le admirase, el jóven se quedó vivamente sorprendido al ver á la duquesa de Parisis.

—Mi querido Octavio, dijo esta, acercándose á él con grande estrañeza. He venido á la Gran Fonda para entenderme con la señora de Fontaneilles y sus amigas acerca la filantrópica fiesta que vamos á dar aquí mismo; se me ha dicho que estábais aquí; yo creí que estábais en el cuarto de algun amigo; llamo,

un dominó rosa viene á abrirme y os encuentro leyendo á Montaigne con el aire mas pacífico del mundo.

Octavio se sentia embarazado.

—A fé mia, replicó; preguntad acerca de esto, al dominó rosa.

—El dominó rosa! Pues si le he dado miedo, toda vez que al verme en la puerta ha volado.

La condesa de Parisis conservaba un aire de gran dignidad. Llevó su mano al corazon, bien como si se sintiese mala.

Parisis tenia demasiado talento para carecer de recursos. Lo mas estraño fué que inventó una historia y acertó.

—Mi querida Genoveva, dijo, no he venido á la Gran Fonda mas que para encontraros. Este dominó rosa que me asesinaba con sus amorosas epístolas, sois vos.

—Yo, vaya una broma!

—Sí, vos! Me decia á mi propio que queriais divertirnos, y para divertirnos, yo jugaba á los inocentes.

—Nunca he visto mentir con tanta audacia! Como, caballero! Venís á la media noche en busca de una mujer á la Gran Fonda, una mujer que se disfrazaba con dominó rosa, y os atreveis á decir que soy yo?

La escena se ponía dramática.

Mas Parisis reconoció en los piés de su mujer, las botinas del dominó rosa.

—Querrá burlarse de mí? se dijo.

É hizo una pirueta.

—Sí, mi querida Genoveva; por mas que os habeis puesto una peluca negra, yo he sentido al acercarme á vos, los divinos perfumes de vuestra cabellera rubia. Habeis querido divertirlos. Y bien, os he divertido y me he divertido tambien. Creéis que sin esto yo hubiese respondido á aquellas patas de mosca? Sabed, Genoveva, que sois una mujer terrible. Si algun dia no me amais, sereis capaz de poner fuego á los cuatro ángulos de Paris. No conozco una coqueta mas sábia en el arte de conducir la pasion.

—No es verdad que sí? exclamó Genoveva abrazando á Octavio; no hay maestro mas astuto que el amor.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Y sin embargo, cuan bestia yo no fuera, si esto no hubiera sido una comedia, si anduviese por aquí algun otro dominó rosa que no fuese el mio!

Octavio abrazó veinte veces á su mujer: diez por amor, y otras diez por arrepentimiento, pues si ella no le creia culpable, él, en cambio, sabia que no era un cordero sin mancha.

—Y ahora, dijo, esplicadme porque os divertisteis de este modo.

Genoveva se acomodó en el sofá, y cogió las manos de su esposo.

—Porque tenia miedo de perderos, dijo, porque os conozco desde hace tiempo; porque una mujer en

Paris nunca puede estar segura de conservar su esposo, ni tan siquiera su amante. Yo me decia: «Tiene corazon; pero es tan vagabundo su espiritu!»

Genoveva miró á Octavio con dulzura.

—He ahí porque he querido distraeros. Pero no representaré mas esta comedia. Si conocieseis lo que sufría, cuando yo os creia infiel! Bajo el dominó yo estaba celosa de mi misma.

Parisis admiraba aquella adorable pasion que guardaba tanta ingenuidad al representar su comedia.

—Confesareis, dijo á su mujer, que mis cartas al dominó no eran muy tiernas. Me constaba el dolor que le hubiera ocasionado, hablándole el lenguaje que con vos uso.

—Lo mismo dá: si no fueseis un hombre tierno, me hariais vivir inquieta. Dios mio! como vais por el atajo!

Octavio se volvió hácia los libros que habia sobre la mesa.

—Esplicádme lo que hacen aquí los tres filósofos: á que vienen Montaigne, Pascal y Montesquieu?

—Que hacen aquí los tres filósofos? Aguardan un cuarto sábio: el que escribirá la historia del amor.